

Contar para leer, esa es la cuestión

Una propuesta para generar el hábito de leer literatura en los jóvenes

Judith Vescovo

Resumen: La resistencia de los jóvenes a leer literatura en los espacios académicos de nivel secundario es un problema con el que nos enfrentamos los docentes de enseñanza de la Lengua y la Literatura. El interrogante que se nos plantea es cómo generar el acercamiento de los jóvenes a los textos literarios, y una de las posibles soluciones es implementar como estrategia de trabajo la narración oral de ficciones para generar el deseo por la lectura. Esto se hace posible gracias a la presencia de un sujeto carismático que habilita el encuentro personal del lector con los textos y, si la experiencia es grata, promueve la posibilidad una práctica social colectiva y duradera en el tiempo.

Palabras claves: narración oral - importancia de la lectura- hábito de lectura - mediador carismático - subjetividades en los proceso de lectura

*Sé todos los cuentos
Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan solo lo que he visto
Y he visto:
Que la cuna del hombre la mecen con cuentos...
Que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos...
Que el llanto del hombre lo taponan con cuentos...
Que los huesos del hombre los entierran con cuentos...
Y que el miedo del hombre...
Ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad.
Pero me han dormido con todos los cuentos...
Y sé todos los cuentos.
León Felipe (1984:153)*



Era mi último día de clase, antes de las vacaciones de invierno, en un primer año del nivel secundario de una escuela de la provincia de Buenos Aires. Como prescribía el programa de la materia que dictaba, Prácticas del Lenguaje, propuse, como una actividad más durante las vacaciones de mis alumnos, leer la novela de Oscar Wilde *El fantasma de Canterville*. La reacción fue adversa y dispar: algunos/as alumnos/as planteaban el porqué leer en vacaciones; otros/as, esbozaban ayes de dolor y de súplica para que yo revirtiera la decisión; fruncían el ceño y me dirigían una severa mirada inquisidora y, los menos, me pedían que apuntara en el pizarrón el nombre del autor, título de la novela y editorial, además de sugerencias de librerías en donde poder adquirirla.

Mis argumentos con los que trataba de explicar y fundamentar la rica experiencia de lectura que iban a tener con la obra de Wilde se desvanecían paso a paso; la resistencia a leer era cada vez más sólida. Entonces comencé a contar la novela: las palabras salieron de mi boca, las ondulaciones de mi voz comenzaron a poblar el aula y, poco a poco, fueron conquistando las indómitas quejas; un silencio profundo y, a la vez, extraño para mí se agudizó e inundó el espacio; los ceños se distendieron, las miradas se relajaron y los ojos se endulzaron con la sonoridad de la novela contada. Fue como un momento mágico: mis alumnos estaban presos de ese arte milenario que es el de narrar. El timbre del recreo nos dejó la novela inconclusa. Transcurrirían tres semanas hasta que volviera a encontrarme con estos/as alumnos/as. Cuando se produjo el encuentro, la mayoría había leído el texto y estaban felices; algunos la habían sacado como préstamo de la biblioteca escolar; otros, de la biblioteca barrial; otros la habían bajado de internet, archivado en un documento y guardada como un tesoro en su *notebook* y otros la habían comprado. A la vez, cotejaban ediciones por el tamaño de los libros, la cantidad de páginas, la calidad del papel o si tenían dibujos.

Esta experiencia en el aula produjo en mí dos certezas: la primera, que mis alumnos/as, por el hecho de haberles contado la historia, habían logrado tener un interesante encuentro con la lectura; y la segunda, el poderoso encanto que ejerce el acto de narrar, que no impone un límite de edad porque en cada uno está latente el deseo que le cuenten un cuento.

El gran desafío que se nos presenta a los docentes encargados de la enseñanza de la Literatura es generar en los jóvenes el



hábito de leer Literatura, entendiendo por Literatura al corpus de textos que tienen una finalidad o intencionalidad estética y que por ello pertenecen a la esfera del arte. En este sentido, observamos que el lenguaje literario se les presenta como una barrera difícil de sortear por ese concepto de *extrañamiento*¹ formulado por Víctor Sklovsky en 1914, integrante del formalismo ruso, grupo encargado no solo de teorizar sobre los lenguajes artísticos en general, sino el comportamiento de la Lengua en un abordaje tanto inmanente como contextual.

La literatura es para los jóvenes un lenguaje oscuro y difícil de abordar por su densidad formal, semántica y estética y por ello genera una resistencia a la lectura, de modo que es necesario la presencia de sujetos *mediadores*² que, a partir de estrategias diversas, tiendan puentes para acercar a los jóvenes a la lectura, sobre todo en las aulas de las escuelas actuales en las que los alumnos cuentan con trayectorias escolares y experiencias de lecturas diversas, lo que da cuenta de la existencia de seudos lectores, si es que se nos permite el término.

Es verdad que en la actualidad se lee más porque existe una proliferación de mensajes escritos, producto del avance tecnológico, pero no se lee literatura ¿Y por qué leer literatura? Por el poder de transformación que ejerce en el hombre. No es lo mismo una persona que ha leído que la que no lo ha hecho. Leer ayuda a ampliar nuestro vocabulario y conocimiento acerca del mundo, a nombrar la realidad de múltiples maneras y pensarla de diferentes formas, a la construcción de un universo simbólico que permite interpretar e interpelar al mundo desde el poder y no desde el lugar del oprimido. Leer genera la libertad de pensamiento y del dominio sobre sí mismo como plantea Pedro Salinas (1967) en su ensayo “El hombre se posee en la medida que posee su Lengua”.

Como se ha planteado al comienzo del artículo, una forma de acercar a los jóvenes a la lectura es a través de la narración oral, arte que convive en el hombre desde el origen del lenguaje. El texto contado reúne a la gente, la funde en un rol e interés compartidos, crea auditorios, impregna al individuo

¹ Para profundizar en el concepto de extrañamiento, que expresa el hecho de que, en las más de la ocasiones, no se puede recuperar en una primera lectura el significado total de la obra, ver: Fokkema, D.W. y Ibsch, E. (1992). “Capítulo II: Formalismo ruso, estructuralismo checo, y semiótica soviética”. En *Teoría de la Literatura del Siglo XX*. Madrid: Cátedra. (pp.27-68).

² El concepto de mediador como papel fundamental para iniciar a los jóvenes en la lectura y del que hablaré más adelante está presente en el libro de Petit, M. (1999). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: Fondo de Cultura Económica.



de una sensación sagrada, de la que difícilmente puede desentenderse, hasta transformarlo. Tiene el poder de un conjuro porque hace que sucedan cosas que provocan profundos cambios en el hombre. La literatura oral manipula al auditorio, lo hace atravesar por diferentes estados emocionales, pero, a su vez, modifica al orador y actualiza al texto contado, porque en ese encuentro entre narrador y público ninguno permanece inmune: ambos se contaminan y se transforman en co-creadores del cuento narrado. Las historias regresan enaltecidas a los oídos de los espectadores y se corporizan y dialectizan infinitas experiencias. Esta es la provocación de la magia de contar un cuento. Mario Vargas Llosa (2008) en su artículo “Contar cuentos”, nos dice:

(...) La idea de inventar historias y contarlas, es decir, de hacerlas vivir y compartir mediante la palabra y, luego, más tarde, la escritura. Ese quehacer, esa magia, refinó la sensibilidad, estimuló la imaginación, enriqueció el lenguaje, deparó a hombres y mujeres todas las aventuras que no podían vivir en la vida real y les regaló momentos de suprema felicidad. Eso es también la literatura: un permanente desagravio contra los infortunios y desagravios de la vida.

Y luego agrega, haciendo referencia a *Las mil y una noches* y a la contadora de cuentos Sherezada:

(...) la gran narradora, desanimaliza al bárbaro que hasta antes de casarse con ella era puro instinto y pulsión y desarrolla en él las escondidas virtudes de lo humano. Haciéndolo vivir y soñar vidas imaginarias, lo enrumba por el camino de la civilización. (...) Cuando el rey Sahrigar perdona a su esposa- en verdad, le pide perdón y se arrepiente de sus crímenes-, es alguien al que los cuentos han transformado en un ser civil, sensible y soñador.

El hecho de que mis alumnos/as de primer año leyeran *El fantasma de Canterville* se dio por la provocación que produjo que se les contara la novela y, en este sentido, fue clave la presencia de un mediador que generó en los alumnos el deseo de leer y, más tarde, su encuentro con la lectura. Numerosos estudios actuales, que pertenecen al campo de la sociología y etnografía, dan cuenta de la importancia de un mediador para generar hábito de lectura en los jóvenes, es decir: la presencia de un sujeto que oficie de puente entre el libro y el lector. Este



mediador que desempeña un papel fundamental en los sucesivos y futuros encuentros entre los lectores y la lectura puede pertenecer al ámbito familiar o ser un docente, un bibliotecario, un librero, un trabajador social o un militante político.

Michèle Petit, antropóloga francesa, en su libro *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura* (1999) recopila diversos testimonios de las múltiples experiencias de lectura de jóvenes inmigrantes que viven en barrios periféricos de diferentes ciudades de Francia y cómo en todos ellos la presencia de un mediador, legitimado socialmente, ofició de puente para que pudieran acercarse a los libros y se desarrollara en ellos el hábito de la lectura. Se observa, en las entrevistas realizadas, que estos sujetos marginados, que se encuentran hasta desposeídos de la palabra porque no logran usar correctamente la lengua francesa, pueden superar y transformar esta difícil situación a través de un ejercicio de lectura que es sugerido o mediatizado por un maestro o un bibliotecario; esta práctica y esta relación de lector constituido a un lector en formación permite generar el derecho a sentirse ciudadanos, los dignifica como personas, en un contexto en que la xenofobia encubierta aún sigue siendo un problema en Francia.

La autora, al final de su libro cita, entre otros, el testimonio de Matoub, estudiante de Letras, de veinticuatro años, para dar cuenta del poder transformador de la lectura en esta población de jóvenes marginados y del valor sustancial del encuentro entre libro y lector, y nos dice: “Leo, no para evadirme, porque no es posible evadirse. Voy a hacer una frase de escritor: leo para aprender mi libertad” (Matoub, citado por Petit, 1999: 196).

Otra cuestión interesante que se plantea en el libro de Michèle Petit es la importancia de la actividad de los bibliotecarios, en general, en la construcción de un público lector. Proyecto que se lleva a cabo a instancias de programas sostenidos por el Estado francés.

En este sentido, y en el caso particular de mis alumnos/as de primer año, es importante resaltar el rol de la bibliotecaria escolar, tanto como facilitadora de la novela a modo de préstamo, como sujeto activo en la permanente socialización del material existente en la biblioteca. Además, implementó un proyecto en el que los alumnos debían visitar la Biblioteca de su barrio, hacer una entrevista a la bibliotecaria sobre los textos existentes, realizar un croquis del espacio y de los usos de



cada uno de esos espacios y de las diferentes actividades que allí se realizaban.

Para reforzar esta idea del valor cultural de la biblioteca, desde hace algunos años, a través de un programa del Ministerio de la Nación, las bibliotecas de las escuelas de la provincia de Buenos Aires se han nutrido de un material bibliográfico muy interesante y se pueden encontrar, en cantidad, buenas ediciones de obras de la Literatura universal para hacer uso en las aulas o en el espacio de la propia biblioteca. Recuerdo un día en que descubrí a un alumno que tenía en su poder una edición de la novela *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, a modo de historieta. Me sorprendió el hallazgo y se la pedí para hojearla. Me dijo que la había sacado de la biblioteca escolar. Más tarde, la leí. Fausto -que así se llama mi alumno- sin saberlo había oficiado de mediador entre esta nueva forma de leer *Fahrenheit y yo*.

En síntesis, nos parece rica e interesante la propuesta pedagógica de la utilización de la narración oral como una de las posibles herramientas de las que se puede valer el docente como estrategia para acercar a los jóvenes a la lectura de textos literarios. Luego, el encuentro personal, subjetivo, del lector con el libro -práctica que no puede desentenderse de un sujeto, de una cultura y de una sociedad en particular- será un generador de sentidos en virtud de su propio *horizonte de expectativas*³, lo que le permitirá interpretar la obra y reescribirla.

Pero para ese primer contacto, para fundar esa iniciación, se hace necesaria la presencia de un medidor carismático -en este caso el contador de la historia- que propicie el acercamiento a la obra. En el contexto escolar es la figura del docente el que legitima este encuentro por el rol que ocupa en la institución. En la relación docente/alumno, el poder que ejerce aquel sobre este es tan fuerte que hace que sus enunciados sean tomados como verdades absolutas, por lo que su discurso, su práctica o sus estrategias dentro del aula pueden ser facilitadoras de sistemáticas prácticas de lectura o lo contrario: obstaculizadoras de las mismas⁴. Distante está plantear como idea, en este artículo, que los docentes de Literatura se transformen en

³ Para profundizar en este concepto ver: Jauss, H. (1987). "El lector como instancia de una Nueva Historia de la Literatura". En Mayoral, J.A (comp.). *Estética de la Recepción*. Madrid: Arco / Libros.

⁴ Para ver la circulación de discursos estigmatizantes, por parte del docente, en las escuelas actuales y cómo influye y determina la construcción de los aprendizajes: Kaplan, C. (2004). "Las nominaciones escolares: ¿alumnos pobres o pobres alumnos?". En *Cuaderno de pedagogía*. Rosario.



cuentistas profesionales en el contexto de una clase, más bien se está proponiendo formar a un público -que está deseoso de que se le cuenten historias- en futuros lectores. Porque como dice Ana María Bovo, al citar a Roland Barthes: “En el fondo de todo relato hay un deseo y un deseo vale más que una moneda de oro”.

Bibliografía

- Bovo, Ana María. (2012). Entrevista a Ana María Bovo realizada por Mariana Arias en su programa “Dímelo tú”. [en línea] Consultado el 24 de agosto de 2015: https://www.youtube.com/results?search_query=mariana+arias+entrevista+a+ana+mar%C3%ADa+bobo
- Fokkema, Douwe Wessel; Ibsch, Elrud Kunne (1992). *Teorías de la Literatura del siglo XX*. Madrid: Cátedra.
- Jauss, Hnas Robert. (1987). “El lector como instancia de una Nueva Historia de la Literatura”. En Mayoral, J.A. (comp.). *Estética de la Recepción*. Madrid: Arco /Libros.
- Kaplan, Carina (2004). “Las nominaciones escolares: ¿alumnos pobres o pobres alumnos?”. En *Cuaderno de pedagogía*. Rosario.
- León, Felipe (1984). *Antología rota*. Buenos Aires: Losada.
- Petit, Michele. (1999). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salinas, Pedro (1967). “El hombre se posee en la medida que posee su lengua”. En *Lengua y Literatura, Segundo Año. Documento de Trabajo: textos de creación y ensayos*. La Plata. Colegio Nacional “Rafael Hernández”, 1991.
- Vargas Llosa, Mario. (2008, 29 de junio). “Contar cuentos” En *El País*. [en línea]. Consultado el 22 de agosto de 2015: http://elpais.com/diario/2008/06/29/opinion/1214690412_850215.html
- Wilde, Oscar (1995). *El fantasma de Canterville*. Madrid: Alianza Editorial.